

nían su trinchante en los dedos; y como pueblo sencillo, por no decir inculto, no se habrá dejado estar con hambre por falta de cuchara ni tenedor. Los chinos se sirven de unos palitos finos y olorosos de suyo, los cuales hacen tempestades en sus dedos, bien como los bolillos en los de la más provecta manufacturera de encajes. El hecho es que no lo pasaron mal los convidados en casa de su amigo, y que el maestro Sócrates pidió dos porciones de una cierta espumilla de huevos batidos en leche que le había gustado por extremo. Iba yo á decir *pioquinto*; mas á tiempo se me acuerda que ese manjar de viejos habrá tomado su nombre del papa de ese número; y por no cometer anacronismo, digo más bien espumilla. ¿Qué pioquinto había de tomar el pobre Sócrates, cuando su amable Xantipa, si algo rompía alguna vez, no eran huevos, sino la cabeza de su marido? Por fortuna éste se hallaba *solo* en el banquete, y pudo comer sin que nadie le llamase tragón, y beber sin que nadie le sindicase de borracho.

« Alcibiades, dijo el maestro, ahora quiero yo saber lo que te ha inducido á cortarle la cola á tu perro. — ¡Animal raro y hermoso! exclamó Critóbulo, antes de que el interpelado respondiese. — Oí un día á Fedón, dijo Cebes, que cada hombre suele tener un afecto y una idea predominante, que comparecen en toda coyuntura, y toman el primer lugar en las palabras y los acontecimientos: Platón echa á discurrir acerca de la existencia de Dios y la inmortalidad del alma tan luego como descubre resquicio por donde meterse en esos océanos misteriosos é irse mar adentro. Nuestro querido Sócrates hallará ocasión para hablar de la virtud, aun cuando vaya del sátrapa de Jonia: así

Critóbulo, lo primero que descubre en las personas y las cosas es la belleza. »

Critóbulo era bello como un dios: sonrojóse, y sonriendo, dijo: « Todos hemos respondido al maestro, menos Alcibiades á quien fué dirigida la pregunta. — En tratándose de gentileza, contestó Alcibiades, tuya es la palabra. En orden á mi perro, le he cortado la cola por ofrecer ocupación á los atenienses, y darles en que hablen sin perjuicio de hombre de bien ni de mujer honesta: sabéis que la maledicencia pública estaba ya abultando demasiado el escándalo ocurrido en estos días: ahora, por hablar de mi perro, pondrán olvido en la desgracia en que han hecho hincapié últimamente.

« No se oye otra cosa por calles y casas de Atenas, volvió á decir Cebes, que: « Alcibiades le ha cortado la cola á su perro. » « ¿Por qué le habrá cortado Alcibiades la cola á su perro? »

« Has dado salto en vago, Alcibiades, dijo Critón; bien pudieras haberte ahorrado la pérdida que has hecho con mutilar á tan hermoso animal. Ya no se hablará ni de tu perro, pues hay algo posterior á ese lastimoso canicidio. — ¿Qué? preguntaron muchos á un tiempo. — El libelo infamatorio que anda aplaudido por los malsines. — Esta mañana, intervino diciendo el maestro, me dió noticia de él Cerécrates, mi querido discípulo; mas he aquí que yo lo tenía olvidado. — Critón, ¿tú lo has leído? preguntó Xenofonte; ¿qué dicen? ¿de qué acusan á Sócrates? — Dicen que corrompe á los jóvenes atenienses con sus doctrinas demagógicas y perversas; que es enemigo del orden, y por el mismo caso de todo gobierno, bueno ó malo; que lo que desea es la anarquía, para pescar á río revuelto; pues, según el anó-



nimo, debajo de una mala capa se oculta un buen bebedor. Sócrates, en el concepto de los libelistas, es ambicioso, codicioso y envidioso en grado eminente.

« No han hecho los desconocidos, dijo Sócrates, sino plagiar á Cricias, quien ha dado una ley junto con Caricles, por la cual me prohíben, so pena de la vida, hablar con los jóvenes de menos de treinta años, porque los pervertido y corrompo enseñándoles impiedades é inmoralidades. Los nomotetes tienen el mérito de la invención.

« Pero Cricias y Caricles, nomotetes, volvió á decir Cebes, no alegaron en su ley lo que han alegado los anónimos de este libelo. ¿Haslo leído tú también? — Sí, Cerefón. — ¿Qué más dicen? — Dicen que Sócrates, cuando reprendió los vicios de Cricias, los inventó, y por tanto calumnió á ese virtuoso ciudadano. Dicen que el pretense filósofo no es maestro sino de maldades y mentiras. Dicen que vive comiéndose de cólera, porque no le dan parte en el gobierno, ni empleo con cuya renta bebe sus malas costumbres. Dicen que el hijo de la partera es harto conocido, no en Atenas solamente, pero también en la Grecia, por las infamias y los crímenes de que ha hecho gala toda su vida.

« Pues no hablan de mí, porque nada de eso me corresponde. — Pero á mí sí me corresponde, volvió á decir Alcibiades, como á tu discípulo y amigo, arrancarles la máscara á esos perillanes y darles de bofetones. — Como se los diste al librero que había corregido los poemas del ciego de Esmirna, replicó el maestro : no hagas tal cosa ; ni el caso vale la pena de un arranque de cólera. Mucho va de *Homeo al hijo de la partera* : el delito de estos recónditos difamadores es menos grave : repórtate, mancebo gene-

roso, y vuelve el ánimo y la vista á cosas de más bulto.

« Fea debe de ser el alma de los inícuos ; esa que refleja la luz divina es hermosa de suyo, no habiendo como no hay perfil más bello que el que imprime la verdad en el semblante del hombre que cultiva las virtudes. Mentiras y calumnias son imperfecciones que atormentan el corazón y ennegrecen el espíritu de los desgraciados que profesan darles vida y echarlas fuera.

« La belleza, siempre la belleza en este hermoso muchacho, exclamó Sócrates, al oír estas palabras en boca de Critóbulo. Sí, la belleza del alma es la virtud ; y virtud es verdad, respeto á los dioses, misericordia con nuestros semejantes. ¡ Ah, si Fedón se hallara aquí, cuánto no estuviera acorde con vosotros, discípulos queridos, honra de mi escuela ! Xenofonte, ¿ por qué has olvidado á Fedón ? — Fedón se halla ausente, ¿ no lo sabías, Sócrates ? — Ya, ya : anteanoche vino á casa á despedirse para una semana : asuntos personales requieren su presencia en Cycione. ¿ Pensáis, vosotros dueños de los secretos de mi pensamiento y mi conciencia, que el filósofo sucumbe á los embates de los perversos ? La verdad es ciudadela inexpugnable : puedesela acometer ; batirla en ruina, no es posible. Ni vosotros, ni los demás atenienses, ni mis enemigos mismos dan asenso á las mentiras notorias é imposturas vergonzosas que contra mí publican por costumbre mis detractores. Me llaman impío ; y en mis meditaciones, en mis sueños causados por la Divinidad, me parece haber descubierto allá, en lo infinito, lo invisible, el Dios, el Dios verdadero, hacedor de todas las cosas y padre del universo. Me llaman corrompido ; y vosotros estáis ahí para acreditar si profeso y enseño la moral. Me llaman turbulento, promotor de

desórdenes; y mi vida ha sido predicar la paz y trabajar por la permanencia de las cosas. La paz, ya se comprende, en medio de la libertad; el orden en medio de leyes sabias y virtuosas. Me llaman codicioso; y no tengo capa sobre los hombros, porque no me voy tras los bienes de fortuna. Me llaman calumniador; y los dioses son testigos de que nunca ha salido de mis labios sino la verdad, la verdad pura. He podido equivocarme, errar alguna vez; mentir con intención, jamás. En cuanto á esas negras huellas que voy dejando por donde voy pasando, ¿las habéis visto en alguna parte, amigos míos?

« Ni Cricias las ha visto, respondió Alcibiades, inflamado de cólera. Cuantas injurias te hacen están fundadas en falsedades; por esto quiero castigar á los calumniadores.

« Oye, Alcibiades, dijo á esta sazón Antístenes, quien había estado callando hasta ahora : no ha mucho un corredor de noticias vino á poner en conocimiento de Aristóteles que un enemigo suyo le estaba por ahí cubriendo de improperios : « Que haga más, respondió el fundador del Liceo; que me dé látigo, puesto que sea en ausencia mía ». Deja que le den látigo á Sócrates, puesto que esta desgracia ocurre mientras tenemos la dicha de estarle viendo entre nosotros. — Sí, repitió Sócrates alborozado, que me den látigo, puesto que yo no esté donde me azotan. »

Xenofonte llenó las copas de sus convidados de un vino que por el color parecía topacio; vino transparente, codiciable, capaz de producir embriaguez divina con solo mirarlo, y dijo : « Por los dioses, oh, amigos, la filosofía no tiene cosa mejor que no hacer caso ninguno de las bajezas y maldades de sus perseguidores. Brindo por la fortaleza

del sabio, por el estudio de la naturaleza, por la práctica de las virtudes. ¡ Sócrates, Platón, Fedón, salud ! » Y los nueve filósofos apuraron la dorada copa.

« Y tú, ¿ qué propones, Antístenes ? preguntó Cerefón. — Yo brindo por la pobreza, respondió Antístenes.

« La pobreza rica en virtudes, fuerte por el sufrimiento, noble con la dignidad, ¿ no es así, Antístenes ? » dijo Cebes; y bebieron los sabios otra vez alegremente.

« Ahora tú, Critóbulo, ¿ veamos á qué ó á quién dedicas tu copa ? — Á la belleza, respondió Critón, mientras Critóbulo se encendía en rubor celestial. — ¡ Á la belleza ! » repitieron todos, y apuraron la copa del más bello de los griegos.

« Tú no te has de quedar sin tu brindis, dijo Sócrates, mirando á Alcibiades : tú, no menos que Critóbulo, ¿ has de brindar por la belleza ? — Sí, respondió el libertino; ¡ por la belleza de las mujeres de Corinto, por las hermosas de Amatonte ! » Y con desenfado digno de tal mozo, dió la señal, y todos á una apuraron la copa en honor de tan interesante sujeto.

« ¿ Sabes quiénes son los autores y los propagadores del libelo infamatorio, tú que de él nos has dado noticia, Critón ? preguntó Xenofonte. — De eso no se hable, respondió Sócrates : de las acciones generosas, de los actos de virtud, busquemos los dueños : perversidades, bajezas, infamias, vale más que no los tengan conocidos. Cuando los que las escriben y publican ocultan sus nombres, claro se está que las niegan; y si las niegan ellos mismos, ¿ no está igualmente claro que reconocen la falsedad de las acusaciones, la torpeza de los agravios y la malicia de la censura ? Mientras menos viles y perversos haya en el

mundo, menos aborrecible será él para el filósofo : si nadie quiere reconocer la propiedad de ese libelo, y nadie lo quiere, puesto que nadie lo firma, dejadle morir por falta de protección. Si nuestros enemigos son quimeras, locura es en nosotros empeñarnos en darles cuerpo y realidad. En cuanto á mí, quiero no saber quien me irroga una ofensa, antes que estarle viendo delante de mí á cada paso. El golpe no me ha tocado : consentid en que el anónimo niegue su obra : si la niega, es porque la juzga mala.

« Así, pues, respondió Alcibiades, ¿ los malvados y cobardes no tienen sino volverse sombras ó palabras sin carne, para quedar impunes? Sabiduría fluye de tus labios, Sócrates; pero no negarás que sin más de un grano de locura no hay cosa buena en la tierra. Dinos, Critón, ¿dinos quiénes son los autores tenebrosos de esta nueva maldad? — Yo pienso como tú, Alcibiades : mal que le pese al maestro, he de decir lo que he sabido del libelo infamatorio. Lo mandó escribir Jarrión, lo escribió el eunuco Cástrotes, y lo están publicando, por dinero, los viejos Calvonte y Jarmillas. — Ya veis, jóvenes, replicó el hijo de Sofronismo, cuán de poco son los que han hecho por traer á menos mi reputación : perseguirlos y castigarlos sería estar á pique de darles importancia. — Á nadie se le da importancia con los pies, dijo Alcibiades : mi ánimo es dar de puntillones á esos belitres, y de ninguna manera condenarlos al ostracismo.

« ¿Jarrión, el tracio vendido á los persas, que á puros robos é infidelidades se ha vuelto rico? — Ese, ese, Xenofonte, respondió Antistenes : yo le aborrezco, porque el bárbaro deshonoró la pobreza con la estafa cuando fué mendigo, y hoy infama con la mezquindad las riquezas

mal habidas. — Para con su ministro de maldades y crímenes, ese ignorante es un filósofo, dijo Cerefón : en mi concepto el eunuco Cástrotes debe sufrir la pena, y la suya y la de su dueño. — El asiático está por demás en Atenas, respondió Cebes : los vicios de los griegos, al fin y al cabo, algo tienen de varonil y grande : si el Asia empieza á mandarnos con sus capones sus vilezas, perdidos somos. No es el primer libelo infamatorio que echa este guardián de serrallos : ya Aristides, en la tumba, fué víctima de la ferocidad inofensiva de esa sombra de hombre.

« Si no apareas tan bien tus vocablos, yo te hubiera salido al paso cuando dijiste que Aristides había sido víctima del eunuco, dijo á su vez Critón : esa linda *ferocidad inofensiva* te salva del contra que ya te tenía en los labios. El cuerpo del hombre de bien podrá hallarse en poder de los inicuos; su alma se halla siempre en las de Dios (1); y ese cuyo espíritu está reposando en el seno de la gloria, ¿cómo podrá ser víctima de una vil criatura humana? Aun por esto solía decir Diógenes que no era él el esclavo, mas aun los que le tenían preso.

« ¿Qué haría yo con el eunuco Cástrotes, si fuera hombre el miserable? ¿Qué harías, Alcibiades, qué harías con el eunuco? — Harías lo que con el librero, respondió Cebes. Mas esto llevan de ventaja esos hombres frustrados que ni darles de bofetones puede uno sin quedar para menos. El verdugo es la única pareja de esas vainas vacías de donde el varón ha salido.

(1) Mi alma pertenece á Dios, mi corazón al rey, aun cuando mi cuerpo se halla en poder de los malvados.

(El presidente *du Harlay* á los sicarios de la Liga que le amenazaban con el tormento.)

« La ruina de la virilidad produce las más negras pasiones, dijo á su vez el maestro Sócrates, interviniendo en esta disquisición, é irrita y aplebeya las que le animaron al hombre, cuando fué hombre. La envidia suele ser intensa en los eunucos; los celos, mortales: los sentimientos de su ánimo son felinos; si en sus manos estuviera, mataran á todos los hombres completos; y viendo que de nada les servían las mujeres, las degollaran igualmente. Si con la joya invisible que contiene dentro de sí el poder del género humano y el secreto de su felicidad, no perdieran el valor, metieran fuego al mundo los capones, y gustosos habían de descender al Tártaro, con tal de haber destruído el objeto de su odio. Cástrotes, me han dicho, es esencialmente malo; pero como es esencialmente vil, no será de personas de significación ni de filósofos darnos por ofendidos de actos que en él son naturales, y por el mismo caso inevitables. ¿De dónde provendrá la inquina que me tiene ese eunuco? — De que eres hombre, respondió Alcibíades: á mí me aborrece por la misma causa, y á Critón, y á Cerefón, y á todos los que no lloramos su desgracia. Pero Calvonte y Jarmillas no son capones; ¿por qué te hacen mala obra á cada paso? — Critón ha dicho que por dinero, respondió Sócrates. Yo vi una vez dos ladrones que venían engarrafados á la cárcel: una mujer, conmovida exclamó: « ¿Por qué robáis, por qué matáis, pobres hombres? — Mujer, respondió uno de ellos, la pobreza á cualquier cosa obliga. » Dinos, Antístenes, si tú abundas en ese modo de pensar? — Á mí no me ha obligado jamás la pobreza á ningún acto deplorable, respondió Antístenes: en corazón donde tienen cabida los afectos nobles, la pobreza se siente dichosa si frisa con las virtudes, y con ellas se está hol-

gando en pura y dulce alegría. Tú sabes tanto como yo estas cosas, Sócrates; pues no eres, yo presumo, ni menos hombre de bien, ni más rico que yo? Si esos ladrones que has dicho están en lo justo, las dos terceras partes del género humano habrán de ser pasto de la cuerda; pues sucede que por un adinerado hay cien desheredados que no tienen seguro el pan de cada día. Pobreza obliga, sí; pobreza obliga á trabajar, á buscarlo con el sudor de la frente: obliga á romper la tierra con la reja; á hacer crujir el ayunque debajo del martillo; á echarse al mar y correrlo de polo á polo en industriosa nave. Pobreza obliga á muchas cosas; cosas buenas, cosas santas. Á robar no obliga sino la ociosidad que gusta de vivir de balde; á matar por dinero no obliga sino la perversión del alma y el ningún respeto por los dioses. Calvonte y Jarmillas matan por dinero; matan, ó procuran matar, con la calumnia, la injuria envenenada: estos viejos son mil veces más culpables que el tracio Jarrión, quien obra á impulsos del aborrecimiento, y que el eunuco Cástrotes, quien se agita debajo del poder de esas Euménides que se llaman envidia, venganza.

« Estoy en un corazón contigo, dijo Cebes, tomándole la palabra de los labios: el que sin odio ni venganza procura el mal ajeno, ese es el malvado, el vil por excelencia. Recibir cierta suma de dinero para ir por las ciudades llamándole mentiroso al verídico, impío al adorador de la Divinidad, perverso al bueno, corrompido al morigerado, infame al que está resplandeciendo por la dignidad y el pundonor, criminal al inocente, y otras de éstas; recibir suma de dinero, digo, por obra semejante, es falta para la cual los hombres no tienen harto desprecio, ni las leyes

castigo harto ignominioso. ¿Esos viejos malditos de los dioses no creen, probablemente, lo que publican, patronos de la mentira, corredores de la infamia? — ¿Cómo lo han de creer, respondió Cerefón, cuando si con otro puñado de moneda se *les remite* lo contrario de lo que acaban de decir, lo acogen asimismo y lo difunden con sumo encarecimiento? — Los alcahuetes, dijo Alcibiades, pidiendo perdón de la palabra, no van y vienen, no dicen esto y lo otro por amor de su pecho ni deseo de sus sentidos, sino por el efecto pecuario de su industria. Yo juzgo que Calvonte y Jarmillas ejercen este honrado oficio, y nada más.»

No pudo tanto con los nueve de la mesa la gravedad filosófica que dejasen de reirse, habiendo dado la señal el maestro Sócrates, quien de nada tenía menos que de pelilloso: tan franco era y tan llano, que de mil amores concurría al estrado de la bella Teodata, y le daba consejos acerca del modo de tener sumisos y cautivos á sus amantes. Pero formalizándose á poco, en voz grave refirió lo que sigue:

« El rey Giges consultó un día al dios Apolo acerca de su suerte, y teniéndose por el más afortunado de los mortales, dijo: « Oh tú que escudriñas con la vista los últimos rincones de la tierra y conoces á todos los hombres, dime ¿hay en ella alguno más feliz que yo? — Aglao, respondió el dios, es más feliz que tú». Sorprendido el rey, quiso saber en dónde vivía ese monarca poderoso, ese general nunca vencido, ese conquistador triunfante cuya gloria y riquezas fueran mayores que las suyas. El dios respondió que lo mandase buscar, y que no tardarían en dar con él, puesto que el cielo mismo iría guiando á los pesquisido-

res. Giges, humillado de que hubiese un hombre más feliz que él, puso su ahinco en saber quién era ese Aglao y dónde estaban sus dominios: mandó, pues, comisiones por los cuatro vientos, halagando al descubridor con la promesa de una regia propina.

« En un sombrío valle de la Arcadia se estaba un hombre entrado en edad á labrar la tierra con sus manos: « Oh tú, le dijo uno de los pesquisadores; oh tú que por tus años debes de haber visto y oído muchas cosas, ¿sabes por ventura quién es y dónde vive un tal Aglao, á quien los dioses tienen por el más feliz de los mortales? — Yo soy, respondió el viejo; soy ese Aglao á quien los dioses han agraciado con la felicidad, ingiriéndole en el pecho el deseo del bien, y otorgándole la práctica de las virtudes. Por mi trabajo lo necesario no me falta: ni odio ni codicia en mi corazón: mi esposa, adorada, corresponde con santo amor mi afecto sin que me hubiese dado jamás motivo de desconfianza. Hijos obedientes, sumisos é inclinados al bien. Tranquila y constante alegría dentro de mí: bondad, caridad con mis vecinos, los cuales á su vez me quieren y respetan. Un día fui á Delfos: viéndome allí, me pasó por la cabeza preguntar al oráculo quién era el hombre más feliz del mundo. Aglao, respondió la pitonisa, no hay hombre más feliz que tú en el mundo (1).»

« El que quiera ser feliz, prosiguió el maestro, busque la paz del alma en un obscuro valle, donde no vivan sino hombres sencillos y buenos; tema á los dioses, y practique

(1) Anécdota de Cowley, ampliada por mi cuenta. Él mismo la tomó de la historia antigua. Consta en *El Espectador* de Addison. Si el suceso es del reinado de Apolo, no cometo anacronismo con ponerlo en boca de Sócrates.

las virtudes en el seno de familia casta y humilde. Mientras vivamos metidos en los torbellinos que llamamos ciudades, hemos de vivir rodeados de enemigos que procuran hacernos perjuicio con razón ó sin ella.»

Cimias, uno de los convidados, no había tomado parte en la conversación, no por orgullo, como el fundador del Pórtico, sino por modestia. Donde muchos están hablando, conviene que uno adorne la plática general con el silencio. El que calla en medio de hombres sabios, tiene mucho que aprender, y huye las ocasiones de insinuar cosa indigna de la sabiduría. Cimias era discípulo de Sócrates, uno de los filósofos más aprovechados, si por la cordura, si por el amor á las virtudes; pero gustaba mucho del silencio, y el oído se aprovechaba de los perjuicios de la lengua. Dichosos los que saben callar, y no hablan sino cuando en su silencio hay peligro de que la verdad sea postergada y el error salga triunfante. Concluido el banquete, los convidados de Xenofonte se lavaron las manos en jofainas primorosas, se las enjugaron con blancas hazalejas, y se retiraron á sus casas dando gracias á los dioses.

Habiendo oído el parecer de los sabios del Banquete respecto del libelo, ya podemos echar nuestro cuarto á espadas, y dar fuerza á la expresión con el apoyo de los antiguos. En la Edad Media, al que dentro de tercero día no presentaba las pruebas de los cargos que había hecho á una persona, el verdugo le cortaba la lengua en presencia del rey y su corte y la tiraba á los perros; después se

le subía á la horca. Por esta razón los libelistas democráticos de nuestro siglo tienen por costumbre ocultar profundamente, no tan sólo sus nombres, pero también el lugar de donde hacen *sus remiidos*. Sin esta providencia el eunuco Cástrotes, que pasando por sobre Roma y la Edad Media vive todavía, no ha regalado aun á los perros con su lengua. Estoy por valerme de la estratagema de Sixto Quinto, á efecto de no errar el golpe, y castigar en justicia á los delincuentes. Un día amaneció la estatua de Pasquino con camisa arambelosa, puerca, manchada de sangre, y al pie de ella este comentario: « El pobre Pasquín no ha podido mudarse, porque su lavandera está de princesa ». Sabido es que la hermana de ese pontífice había sido lavandera de profesión. Don Sixto era el Bismarck de esos tiempos: ¿qué discurrió el camastrón? mandó publicar con sus heraldos que el que denunciase al autor del libelo tendría dos mil escudos romanos de premio. El libelista, el genuino libelista, confiado en la clemencia de Su Santidad, se presentó y dijo: « Padre santísimo, yo escribí la quisicosa; vengo por mis dos mil escudos. — Hola, respondió el papa, tú escribiste la quisicosa: aquí están tus dos mil escudos, y zahumados ». Tomólos el escritor nocturno, y se estaba yendo muy alegre, con ánimo de darle un desportillón á la suma esa misma noche con las perendecas de su barrio; mas un personaje de sombrero de tres picos que estaba por ahí, se le fué encima, le cogió, le amarró y le cortó manos y lengua. Era el verdugo. Su Santidad castigó á su detractor sin perjuicio de su palabra, pues la talega de escudos se la fueron á dejar en su casa religiosamente; pero ya no tenía el triste ni lengua para comerlos, ni manos para jugarlos.

¿Cuántos escudos ofreceré yo? ¿Por qué cantidad se me presentarán mis encamisados y mis descamisados? Los dos mil escudos, allí estarán, lealmente; pero las manos y la lengua, para mis perros han de ser. Abre el ojo que asan carne, capón: dos mil escudos, y zahumados ¿no te hacen agradables cosquillas en el pecho? Mi divisa es la de la familia de los Solern: *Fais ce que tu dois, arrive ce qui voudra*: cumple con tu deber, suceda lo que sucediere. Cumplo con el mío, sin tener advertencia al puñal, la estricnina, el libelo, nada! Me afronto con los tiranos, pongo el pecho á los tiros de la calumnia, me les voy á fondo á los ladrones, y, aunque no soy un Teseo, los ahogo á mis plantas. Que me insulten, que me ofendan, no me perjudica. La mala maña de perseguir con la injuria y la difamación á los enemigos á quienes temen, no es de ahora en los tiranos: los otros tenían en Caracas su don Domingo que llovía mentiras y denuestos sobre el general Simón Bolívar: ¿ha perdido algo Bolívar por obra de don Domingo? Que me llamen calumniador de profesión, demagogo interesado, escritorzuelo ruín, fundándose en *El Cosmopolita* y *El Regenerador*, obras que en las demás Repúblicas me han valido los títulos de « folletista insigne (1) », « el prosador más valiente y donoso de Hispano América (2) », no es para conturbar mi espíritu ni para verter amargura en mi corazón. Demagogo el autor de las *Leciones al pueblo*; ¿hay bribonada que acredite un mundo de mala fe? Así aborrezco la tiranía de uno solo como la de muchos; y, mal por mal, primero el tirano solitario:

(1) Adriano Páez.

(2) Jorge Isaacs.

éste no tiene sino una cabeza, y se la puede echar de un tajo el suelo: el verdugo se pica de honra, y no anda con tiquis miquis. Opressor de cien cabezas, cosa mala: guárdenos el cielo para siempre del reinado de la gente del gordillo: la Hidra muere por cualquier parte, bien como la araña ve con todo el cuerpo. ¿Cuándo he hecho la apología de Clodio? ¿qué cartas he tenido con Marat? ¿dónde están mis amores con la diosa Razón? Si ser abogado del pueblo cuando va de sus derechos y su suerte es ser demagogo, lo soy: Junius, Cormenin, Pablo Luis Courier fueron demagogos; demagogos son todos los que abrigan en el pecho el amor de la justicia y el fuego que devora á malvados y opresores. Si la demagogia consiste en corromper al pueblo, infundirle ambición insensata y aborrecimiento parricida, no soy demagogo, nunca lo he sido. En mis manos, el pueblo andaría á buen paso, la cerviz alta, garboso y noble; pero su freno de oro no se llevará nunca, porque las riendas estuvieran en puño firme. Enseñarle, ilustrarle, elevarle hasta donde ofrece sujeto: menoscabo en el principio de autoridad, ni un punto. Escarceos y bohordeos de pura lozania, cuanto quiera; resabios impertinentes, *manco male*, ¡qué sofrenadas fueran esas! Pero no: cuando pienso como filósofo, no anhelo sino por el valle sombrío de la Arcadia, por la felicidad del viejo Aglao; y cuando siento como poeta, denme una roca ahuecada, á cuya sombra hunda por un instante mis pesares en el abismo del sueño; ó un mirto cuyas hojas amontonen sobre mí las palomas de Apulia, sacudiéndolo en sus lúbricas chacotas. He acometido á discurrir sobre la difamación, no por el huevo sino por el fuero: sacando el caballo limpio, la sana política y la moral elevada quedan vencedoras



entre bajezas, falsedades é injurias vueltas cenizas á mis pies.

« Si el universo cayera fracasado, el sabio contemplara sereno sus ruinas. » Horacio habló del mundo físico; pero ni el sabio ni el ignorante hombre de bien podrán sin cólera ni tristeza á un mismo tiempo ver fracasadas moral, civilización, buenas costumbres á los golpes de un bárbaro desaforado sin conocimiento de Dios ni sospecha de las leyes humanas. Arremeter con un tiranuelo que alarga la mano untada de oro á los inicuos, es exponerse á todo; pero sin una víctima, sin un mártir ¿qué fuera de los pueblos? y sin esos hombres frustrados que se llaman eunucos ¿qué fuera de los tiranos?

« Quitad del mundo la mujer, y la ambición habrá desaparecido de toda alma generosa. » ¿La ambición solamente, Herculano? Quitad del mundo la mujer, y todas las pasiones generosas habrán desaparecido de nuestra alma. Ambición huye al vuelo; valor se hunde dentro de sí mismo; amor se convierte en odio. Narsés, en quien las nobles y grandes pasiones no habían perecido, es en la historia raro ejemplo, maravilla del género humano. Capón que pudo desbancar á Belisario, y volverse terror de emperadores y de bárbaros, nada había perdido con haber perdido el fundamento de la fuerza. Para los eunucos, la mujer está quitada : no solamente no la aman, la aborrecen : si en sus manos estuviera, la suprimieran del mundo. Por la mujer nos tiramos á los leones, y recogemos el guante que se le acaba de caer : testigo el caballero de Gramont. Por la

mujer nos metemos entre lanzas y espadas; por la mujer ansiamos la corona del mérito que nos granjea su admiración y su correspondencia. Leandro se arroja á media noche al Helesponto, se bebe ese brazo de mar, y sale al otro día á las riberas de Europa. Hero está allí, la bella Hero : mirad si se conceptúa dichosa con tener en sus brazos un valiente apasionado. El moro Avindarraez cae en poder del alcaide de Antequera, yendo á ver por entre los enemigos á su adorada Jarifa. Masias arrostra la cólera del rey por la sin par Elvira. Audacia, valor, ímpetu, no hay afecto grande que no infunda en nosotros la mujer. Dios no la ha criado solamente para nuestra felicidad; es nuestro estímulo; estímulo irresistible que á los sujetos de corazón los impele á heroicidades y grandezas. Á los capones se les ha quitado la mujer; ausente ella, su pecho es abismo obscuro donde se dan batalla odio, envidia, desesperación, ahinco inmoderado de venganza. Los eunucos son cruellísimos en los serrallos de Constantinopla é Ispahan : derraman su ira en esas bellas prisioneras que nunca podrán ser suyas. En cuanto á los hombres, si no los temieran, si no huyeran avergonzados ante la frente erguida y la mirada firme, no dejaran uno sobre el haz de la tierra. ¡Aborrecimiento satánico el del eunuco del Banquete! un libelo infamatorio cada quince días : ya soy pícaro, ya ruín : cuándo ladrón, cuándo asesino : ora tonto, ora soberbio. Últimamente ha descubierto que he escalado las murallas de un monasterio, y me he llevado, no una sino dos religiosas de las más puras é inocentes. ¿Y él por qué no se las lleva? Dulce crimen del cual está seguro el que me lo echa en cara; ó más bien, contra el cual está seguro; ¿pues para qué se las ha de llevar?

Entre el que manda escribir un libelo infamatorio, el que lo escribe y los que toman por su cuenta el publicarlo, ya los sabios del Banquete decidieron que éstos eran más culpables, y que sobre éstos se había de descargar con más ímpetu el brazo de la justicia. Las leyes de las Doce Tablas condenaban á muerte al autor de un libelo y á los que lo difundiesen. Parécenos haber hecho este recuerdo otra ocasión; pero no es malo hacerlo de nuevo entre gente de ruin memoria, bien así como á los sordos hay que repetirles muchas veces una misma palabra. El papa excomulgó al libelista que se había propuesto deshonar al diácono Castorio, no menos que á los que, teniendo en las manos esa diatriba, no la tirasen al fuego. El amante apasionado es, menos culpable en la perdición del objeto de su cariño que el trotaconventos infame, cuando éste va y viene, y abona el campo de los placeres de hoy día y las amarguras de mañana. Los publicadores de libelos ajenos, ruines ayudantes y criados del verdugo, ¿qué son sino alcahuetes de profesión, como dijo Alcibiades cuando estaba comiendo, que han de ir en la cadena de galeotes, si la santa hermandad los puede haber á las manos? En Londres hay un periódico cuyo fin es mirar por la propagación de la especie humana, con el matrimonio por delante, eso sí, en todos los asuntos que por sus redactores se trataren, los cuales no son ni menos *galantuomos*, ni menos timoratos que *la tía fingida*. El *Matrimonial News* ha hecho buenos negocios, como dicen los galicistas incorregibles, según su leal saber y entender, sin perjuicio de tercero ni cargo de conciencia. *Los Andes*, trapo ignoble, bueno para camisa de dormir del padre Pasquín, no gastan pólvora en salvas : ellos se van al grano y saben lo que se pescan. Cuando no

tienen á quien denigrar, quisieran los *viejos* que esas caras no fueran suyas, para cruzárselas á cuchilladas. Para ellos no es materia punible lo que Sixto Quinto castigaba con hacer cortar manos y lengua : el diantre son los carcañales; pues, si no dijeran nada contra el prójimo; si no ocultaran la verdad y difundieran la mentira, serían pobres esguízaros incapaces de sacramentos. ¡ Por vida del chápíro verde ! aprieta, viejo, aprieta, y haz luego la mosquita muerta. Santo hombre : cristiano, católico, devoto por defuera; por adentro, demonio de á las veinte. Él no insulta, no calumnia, no ofende á nadie; son *Los Andes*. *Los Andes*, como los tripodes de oro de la *Iliada*, se mueven de por sí y se trasladan de suyo adonde los han menester los dioses. Pero los cuatro, pero los ocho, pero los veinte pesos no se los comen ni se los beben ellos; tío Bartolo y tío Lucio se los maman. De tejas arriba Dios, de tejas abajo don dinero, y váyase el diablo para tonto. So el sayal hay algo : ¡ oh cuerdo Juan de Mallara, oh sabio Iñigo López de Mendoza, y cuántas cosas buenas habéis dicho en esos evangelios que se llaman colecciones de refranes !

El ingrato contra el benefactor, el ladrón contra el robado, el asesino contra la víctima; cargos sin fundamento, improprios horribles, calumnias descabelladas, éste es el periódico de esos Hebert terrosos que han venido á la vejez á dar en padres de casa de mancebía, fundar un lupanar y hartarse de prostitución. El trabajo lícito, decente, es modo de vivir que da carta ejecutoria para entre la aristocracia de la honradez : si me dijeren que esos malos hombres viven de su trabajo, yo responderé que hay ocupaciones legales quizá, pero reprobadas

por la moral y las buenas costumbres. Antiguamente las casas de mancebía eran permitidas en España : el padre de casa de mancebía estaba en su derecho cuando ganaba la vida con el libertinaje de los demás; ¿pero tenía derecho, pregunto, á la estima, los miramientos de las personas cuyo asunto es pundonor y salud del alma? Hoy mismo el lupanar es institución autorizada en Francia : los dueños del número 5 no traspasan la ley; mas decidme, ruegos, si van al Cuerpo Legislativo por el voto de la mayoría, si tienen asiento en los tribunales como ministros de justicia, si su carro infame goza de acompañamiento, cuando van en busca de sus semejantes, los gusanos del cementerio? No digo que esos nefandos viejos cometen acto ilegal con sostener su casa de mancebía; pero sí digo que han caído en caso de menos valer, y que las Siete Partidas tienen un capítulo que les concierne. Dirán ellos á su vez que todos los periódicos tienen una sección de *remitidos* donde se admite todo. ¿Todo? ; falso ! Los periódicos de probidad no llaman ladrón al hombre de bien; los periódicos verídicos no publican mentiras á sabiendas; los periódicos honestos no se estrellan contra la moral; los periódicos dignos y generosos no venden su lengua para la difamación; los periódicos inteligentes no menosprecian el talento; los periódicos patriotas no persiguen de muerte al patriotismo; los periódicos libres no viven empeñados en manillar á los amigos de la libertad; los periódicos decentes no andan derramando estiércol por el santuario de las ideas y las virtudes. Echándolo, unas veces á la parte del desdén, otras á la de la moderación, hasta ahora los he sufrido á esos nefandos viejos; nefandos otra vez. Mas puesto que ellos no tienen advertencia ni á mis antecedentes, ni á mis

padecimientos no interrumpidos por la libertad y la civilización de un pueblo desgraciado, ni á la reputación de que gozo en mi patria y fuera de ella, ni á la moral humana, ni al temor de lo divino, ni á este poder que Dios me ha dado de castigar, si no de corregir á los perversos (*perversi difficilè corriguntur*); vean ahora que no siempre le echa un rufián pagado el cohombro infamador á un caballero cubierto de todas armas.

« La calumnia es el arma de los malvados. »

« Bien conocido es por las huellas de corrupción que va dejando por donde va pasando. »

¿ Pueden decirse de mí estas cosas y otras peores, señor tal? Responde usted que no. ¿ Y cómo las dice en su periódico? Las digo por que me pagan. Ah, hombre mezquino, viejo infeliz... Si no le pagaran, no se pusiera la camisa con que ese día amaneció la estatua de Pasquín; pero como siempre le pagan, su lavandera nunca deja de estar de princesa, y usted no puede mudarse. Cuando no haya quien les pague á ustedes, entonces le han de poner á la última talega el rótulo siguiente : « Este es el último dinero que recibimos contra el bueno de don Juan; así es que hemos dejado de llamarle pícaro en mil maneras ». No de otro modo el célebre Mezerai había sellado una bolsa de escudos con esta inscripción : « Estos son los últimos escudos que me ha dado el rey; así es que no he vuelto á hablar bien de él ».

Acuérdaseme haber leído en Francia un escrito en el cual se daba mate á Víctor Hugo con recordarle que había tenido sueldo secreto del rey. « Deja de cacarear, falso